

ANTONIO FERRO EN ESPAÑA

Antonio Ferro, poeta de la propaganda, que con danzas y músicas, con versos y cuadros, con libros, con comedias, ha dado al mundo actual la más bella y florida imagen de la «adoravel» tierra lusitana, ha estado en Madrid durante breves días, en su calidad de mensajero de la cultura portuguesa.

Con la feliz ocasión, cada año renovada, de la Feria Nacional del Libro y del número extraordinario que el diario oral «Levante», dirigido por Ernesto Giménez Caballero, ha dedicado a su país, Antonio Ferro buscó la oportunidad de reunirse, en un almuerzo, con un grupo de escritores y artistas. Un «álmoço» gratisimo, en que Eugenio d'Ors llevó la voz de todos los reunidos, haciéndolo por el Ministerio de Educación Nacional y del país hermano los excelentísimos señores don Jesús Rubio, Subsecretario de Educación Nacional, y don Antonio Carneiro Pacheco, Embajador de Portugal en España.

Antonio Ferro ofreció la comida en bellisimas y entrañables palabras de amor a nuestro país, y muy en particular a Madrid, que hoy nos honramos en reproducir aquí, por ser la más cabal expresión del acto que reseñamos:

AMAR a una nación, a una patria, que no sea la nuestra, no es solamente pronunciar discursos oficiales, protocolares, no es sólo ligarse a ella por necesidades de orden material o político, sentarse a la misma mesa, a su lado en las conferencias internacionales, que no son siempre idilios amorosos... Amar a una nación, a una patria, tal como amar a una persona, es comprenderla, sentirla, no sólo en

sus reacciones exteriores, sino también en sus reacciones más íntimas, en sus impulsos contenidos, en su orgullo recalcado, todavía más en sus silencios que en sus palabras. Amar a una nación, amarla *amorosamente* es pensar en ella como en la mujer amada; es pensar en su literatura y en su arte, sobre todo en su poesía, como en esa alma que deseamos adivinar; es pensar en sus alegrías o en sus tristezas como en las alboradas o en los ponientes que iluminan u oscurecen el rostro de esa misma alma; es pensar en el carácter de su pueblo, con sus dulzuras o sus asperezas como en el propio temperamento de esa que nos hace bien o nos hace mal; es pensar en sus villas, aldeas o ciudades, en sus monumentos, en sus casas, en el movimiento de las multitudes que llenan sus calles, en el aletear de sus danzas y de sus canciones, como en los estremecimientos de la mejilla que hemos tocado o que hemos deseado tocar, como en la boca en flor que besamos o deseamos besar...

Así amo a España, grande y bella aventura de mi vida que nunca olvidaré. Estaba precisamente ahora con «saudades» vuestras (permitidme que abra este paréntesis: Portugal debería repartir con vosotros esta palabra «saudades», ofrecerla a vuestro vocabulario, pues es un sentimiento que también canta en vuestro corazón, que también discurre en los ríos de Galicia, o salta de rama en rama sus paisajes líricos). Pues estaba en verdad con «saudades» vuestras, «saudades» del cuerpo y del alma de España. Sentía así la nostalgia de vuestros pueblos espontáneos como ninguno, que son como rocas o como plantas que nadie plantó, que vuestra tierra ha engendrado por voluntad propia; sentía la nostalgia de vuestras ciudades típicas llenas de grabados animados, exposición eterna de lienzos, con sus Ayuntamientos primorosamente labrados en piedra, viejas joyas de familia, con sus murallas que son las

armaduras de vuestras almas fuertes, con sus iglesias y catedrales que son como alas eternamente suspendidas en el cielo de vuestra Patria, Angeles de la Guarda de España. Y me acordaba también, cómo una traviesa sólida en este arruinado solar de la vieja Europa, algo seguro, sólido en esta hora dudosa, del carácter entero de vuestro pueblo, carácter que no se quiebra ni tuerce, carácter de un pueblo que tiene fe en sí mismo porque tiene fe en Dios, pues el vuestro es uno de los raros pueblos en el mundo actual, que todavía son antiguos, que saben a pasado y a Historia, que casi no tienen presente porque han sido o serán en el momento que son.

Y hasta tenía «saudades» (empleo ya esa palabra como si fuera también española) del Greco y de sus figuras escuálidas, caminos para el cielo; de Velázquez y de su corte de meninas y gnomos, de realidades y de ensueños; de Goya, que ha sido pintor y hasta creador del carácter de España; de Zurbarán y de sus claridades eternas. Sí, tenía «saudades» del cuerpo, del alma de España, «saudades» de vuestras mujeres que brotan vida, que cantan vida, sangre en las venas de vuestra Patria, «saudades» de vuestros gitanos que son como tatuajes maravillosos que ora aparecen y ora desaparecen en vuestro suelo, en vuestra epidermis, «saudades» de esa mística sensualidad de vuestra raza que trasciende precisamente vuestro cuerpo para ser aún alma, alma sensible, alma tangible.

¡ Cuántas veces, cuántas, he soñado con vosotros por tantos caminos que he seguido, por tantos países que he pisado! No son flores marchitadas, anémicas, los recuerdos de tantos viajes que he hecho a España, que vuelvo a hacer cuando los evoco, película que paso y repaso incesantemente: Sevilla, donde el cielo y la tierra se casan; Sevilla en la Semana Santa, con su pueblo de imágenes que se mezcla en esos días con el

pueblo de sus calles; Sevilla y el maravilloso abanico de su feria; Barcelona, ciudad ancha, abierta, pero tal vez la más íntima, la más misteriosa de España, donde cada puerta es un secreto; Valencia, donde llueven flores; Toledo, espada que duerme en las márgenes del Tajo; Escorial, eterna cámara oscura de Felipe II, donde su alma continúa rondando; Salamanca, donde el sol está siempre despierto, hasta de noche, en sus doradas fachadas; Avila, cruz y cielo de Santa Teresa; Burgos y su Cartuja de Miraflores, donde el silencio es la voz de Dios; Granada y su Albaicín, inagotable mina de gitanería, y tantas otras ciudades que son obras maestras del arte y de la artesanía española.

Y, finalmente, actualidad de siempre en mi «cine» silencioso, en estos momentos sonoros, Madrid, este Madrid donde me paseo ya familiarmente, como si madrileño fuese, donde la Cibeles y esa vendedora de flores me sonríen; este Madrid donde da gusto vivir; este Madrid que sabe a «carroussel», a feria permanente, donde la calle es siempre una fiesta, una rosaleda humana; este Madrid que ora tiene sonido de cristal, ora de castañuela; este Madrid sin formalidad y sin puntualidad, donde la vida se despeña como una catarata, ciudad llena de pregones y de canciones, gran zarzuela que se representará hasta el fin de los siglos, eterna verbena de España...

Bienvenida, pues, esta Feria del Libro que nos conduce inevitablemente a España en esta época del año, en la agradable misión de traer las últimas noticias de nuestra cultura: nuestros libros. Hombres de nacionalidad y razas diferentes se encuentran hoy por todas partes en congresos y otras reuniones internacionales. Está bien que sea así, pues la diplomacia de los contactos, de las convenciones, como el propio conocimiento de los defectos de cada uno, es todavía la más

eficaz. Pero el encuentro de los pueblos a través de los libros, cuando los idiomas se pueden mutuamente comprender, es todavía más profundo, pues los libros quedan y las conversaciones pasan. Cada vez que se realiza en España esta Feria del Libro, quedan aquí algunos millares de obras portuguesas en las Bibliotecas oficiales y privadas, es decir, un poco de nuestro espíritu y de nuestra cultura que permanece en contacto, y en contacto familiar, con vuestro espíritu y vuestra cultura. Y solo de esta manera, cuando se llegue a la marea alta de esta permuta de libros, cuando una novedad literaria portuguesa lo sea para España igualmente y viceversa, nuestras almas, conservando esa total independencia sin la cual ni siquiera pueden existir, se entenderán definitivamente.

Comprensión mutua, para la cual hemos trabajado arduamente y que ya se puede considerar casi realizada, conseguida. Tengo el orgullo, por ejemplo, de afirmar que sólo existe hoy un pueblo en el mundo que os conoce todo cuanto es posible conoceros: el pueblo portugués. Cuántas veces, por ese mundo, oí comentar vuestro heroico aislamiento, vuestras actitudes que parecen a veces desconcertantes, y yo he observado: «Ustedes no conocen a España, no conocen a los españoles, no comprenden la singularidad de su pueblo ensimismado, la grandeza de esa nación que sabe hacer su propio mundo cuando el mundo le parece pequeño o mezquino, la bravura de esta raza que en todos los tiempos ha preferido morir de hambre a morir de vergüenza, la nobleza de esa Patria que entre el alimento del cuerpo y el alimento del espíritu prefiere siempre el último, metrópoli (toda la Península, además) de la Fe cristiana, Don Quijote de Europa.»

Nosotros, los portugueses, somos así los «especialistas» del alma de España, aquéllos que saben explicarla mejor que na-

die a los que no la entienden o no quieren entenderla. Y es este conocimiento de España, esta llave de su enigma, la razón preferente de nuestra amistad por ella, y hasta de su amistad por nosotros. Puede ser que España, por su propio ensimismamiento, no nos comprenda con tanta hondura, pero se siente comprendida por nosotros como por ninguna nación. Y por esto, nos estima y nos respeta.

¡ Amigos!, me despido hoy de vosotros, pues salgo mañana de Madrid; espero encontraros todavía algunas veces. Pero en nuestra época tan perturbada, donde todo es inestable y movido, no se sabe nunca cuándo podremos volver. Quiero, por tanto, afirmar hoy que quedo debiendo a España y a sus ciudades llenas de color, donde la vida es un caer de pétalos, donde la alegría de vivir se confunde a veces con la alegría de sufrir, alguno de los momentos más felices de mi actividad, momentos que no pasarán, *momentos para siempre*. Y, para terminar, si puedo pedir os alguna cosa, deseo apenas que en mis ausencias os acordéis modestamente de mí con este comentario que pienso haber merecido: «Pues aquí tenemos a un extranjero (verdad que es un portugués...) que siempre nos ha sabido comprender y amar.»

